



Visión de la memoria

Tomas Tranströmer

Traducción de Roberto Mascaró



colecciónletrasnórdicas

Lectulandia

Visión de la memoria es la autobiografía de la infancia y adolescencia del último premio Nobel de Literatura, el poeta sueco Tomas Tranströmer, escrita a sus sesenta años.

Estas memorias comienzan con un rayo de luz, un cometa, que se convierte en una brillante metáfora de «mi vida», cuya estela son ocho deslumbrantes capítulos que contienen sus primeros recuerdos, su paso por la escuela, su gusto por los museos y la biblioteca, sus miedos, su visión de la guerra, sus primeras notas al piano... Una cariñosa mirada hacia su madre, su abuelo, sus maestros y su primer encuentro con Horacio.

En estas páginas Tranströmer nos revelará el más secreto de los tesoros: cómo descubrió la poesía.

Lectulandia

Tomas Tranströmer

Visión de la memoria

ePub r1.0

orhi 28.02.16

Título original: *Minnena ser mig*
Tomas Tranströmer, 1993
Traducción: Roberto Mascaró
Imagen de cubierta: Tomas Tranströmer por Fernando Vicente

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LOS RECUERDOS

«Mi vida.» Cuando pienso estas palabras veo frente a mí un rayo de luz. En una aproximación mayor, el rayo de luz tiene la forma de un cometa, con cabeza y cola. La extremidad más intensa, la cabeza, es la infancia y los años de crecimiento. El núcleo, su parte más densa, es la más temprana infancia en la que los rasgos más importantes de nuestras vidas se definen. Intento recordar, intento deslizarme hacia allí. Pero es difícil moverse en esas densas regiones, es peligroso; siento como si me acercase a la muerte. Hacia atrás el cometa se adelgaza —es la parte más larga, la cola. Se hace más y más densa pero también cada vez más ancha—. Ahora estoy en el extremo de la cola del cometa, tengo sesenta años cuando escribo esto.

Las vivencias más tempranas son en su mayor parte inalcanzables. El relato, las memorias de las memorias, las reconstrucciones en función de estados de ardor repentinos.

El recuerdo más temprano que puedo registrar es un sentimiento. Un sentimiento de orgullo. Acabo de cumplir tres años y alguien dice que esto es muy importante, que ahora ya soy grande. Estoy acostado en una habitación luminosa y luego me levanto y camino sobre el piso, increíblemente consciente de que me estoy volviendo grande. Tengo una muñeca a la cual he puesto el nombre más hermoso que pude encontrar: Karin Spinna. La trato maternalmente. Ella es más bien una compañera, o un amor.

Vivimos en el barrio de Söder, Estocolmo; la dirección es Swedenborgsgatan^[1] 33 (ahora se llama Grindsgatan). Papá está aún en la familia, pero pronto la abandonará. El estilo de vida es bastante «moderno»: desde chico he tuteado a mis padres. En la cercanía está la abuela y el abuelo, viven a la vuelta de la esquina, en Blekingegatan.

El abuelo, Carl Helmer Westerberg, nació en 1860. Él era piloto náutico y mi amigo cercano, 71 años mayor que yo. Extrañamente, él tenía la misma relación de edad hacia su propio abuelo, que por lo tanto había nacido en 1789: asalto a la Bastilla, Motín de Anjala, Mozart escribe el «Quinteto para clarinete». Dos zancadas similares hacia atrás, dos largas vidas, aunque no tan largas. La historia se puede tocar.

El abuelo hablaba la lengua del siglo XIX: muchos giros sonarían hoy sorprendentemente anticuados. En su boca, y para mí, sonaban totalmente naturales. Era un hombre bastante bajo, con bigote blanco y una nariz fuerte y algo encorvada: «de turco», decía él mismo. No le faltaba temperamento y podía alterarse. Sus explosiones no se tomaban nunca del todo en serio y desaparecían de inmediato. No poseía en absoluto agresividad profunda. En realidad era tan conciliatorio que corría el riesgo de ser considerado un indeciso. Quería mantenerse en buenos términos aun con personas que fuesen calumniadas en una conversación cotidiana.

—¡Pero, papá, estarás de acuerdo en que X es un bandido!

—Mira, de eso no sé nada.

Después del divorcio, mamá y yo nos mudamos a Folkungagatan 57, a un edificio para clase media baja. Allí vivía un abigarrado vecindario. Los recuerdos de la casa se organizan más o menos como en una película de los '30 o de los '40, con su adecuada galería de personajes. La amorosa portera, el parco y fuerte portero que yo admiraba sobre todo porque se había envenenado con gasógeno y esto le daba una heroica vinculación con máquinas peligrosas.

El tráfico privado era escaso. Algunos borrachos aparecían a veces en la escalera. Los mendigos llamaban a la puerta alguna vez a la semana. Se detenían farfullando en la entrada. Mamá les preparaba bocadillos: les daba rodajas de pan en lugar de monedas.

Vivíamos en el quinto piso. En el más alto. Había cuatro puertas, fuera de la del desván. En una de las puertas se leía: «Örke, Fotógrafo de prensa». De algún modo era distinguido vivir al lado de un fotógrafo de prensa.

Nuestro vecino más cercano, el que se oía a través de la pared, era un señor soltero de edad mediana para arriba, con piel pálida y amarillenta. Trabajaba en su casa; hacía alguna especie de negocios por teléfono. Durante las conversaciones dejaba escapar a menudo sonoras carcajadas que atravesaban la pared hasta llegar a nosotros. Otro sonido que se repetía siempre eran los estampidos de los corchos. Las botellas de cerveza no llevaban tapa metálica en aquella época. Esos sonidos dionisiacos, las carcajadas y los corchos, no parecían pertenecer al espectral y pálido señor que yo encontraba a veces en el ascensor. Con los años se volvió desconfiado y las risas se hicieron menos frecuentes.

Una vez, la cosa se puso violenta. Yo era pequeño. Un vecino fue echado por su mujer: estaba borracho y furioso. La mujer se había atrincherado en el apartamento. Él trataba de derribar la puerta y le gritaba amenazas. Lo que recuerdo es que él gritaba la extraña frase:

—¡No me importa terminar en Kungsholmen!

—¿Qué quiere decir con Kungsholmen? —le preguntaba a mamá.

Ella me explicaba que la jefatura de policía estaba en el barrio de Kungsholmen. Esa zona adquirió para mí desde entonces algo sombrío. (La imagen se intensificó cuando visité el hospital San Erik y vi a los inválidos de guerra finlandeses que se trataron allí durante los años 1939 y 1940.)

Mamá iba a su trabajo por la mañana temprano. Iba a pie. Durante toda su vida adulta caminó cada día, ida y vuelta, entre Södermalm y Östermalm; trabajaba en la escuela popular Eleonora y se ocupaba del tercer y cuarto curso, durante años. Era una maestra devota y amaba a los niños. Podía pensarse que le iba a ser difícil retirarse. Pero no fue así: sintió una gran liberación.

Mamá trabajaba, y por eso teníamos criada, o «señorita» como se llamaba entonces, aunque debería haberse llamado *niñera*. Dormía en una habitación mínima,

que formaba parte de la cocina y que no se contaba en un apartamento de «dos cuartos y cocina», como se llamaba oficialmente.

Cuando tenía cinco o seis años la niñera se llamaba Anna-Lisa y era de la ciudad de Eslöv. Me parecía muy atractiva: cabello rubio y encrespado, nariz respingada, un acento suave de Escania.^[2] Era un ser exquisito y hasta hoy siento algo especial cuando paso por la estación de Eslöv. Pero nunca me bajé en este lugar mágico.

Entre sus talentos estaba el de dibujar muy bien. Era especialista en figuras de Disney. Yo mismo dibujaba todo el tiempo en esos años a finales de los '30. El abuelo traía a casa rollos con papel de envolver de esa clase que se usaba en todas las tiendas por aquellos tiempos, y uno llenaba los papeles de relatos dibujados. Por cierto, aprendí a escribir a los cinco años. Aunque era lento. La fantasía exigía medios de expresión más veloces. Tampoco tenía la paciencia necesaria para dibujar bien. Desarrollé una especie de taquigrafía de las figuras, con cuerpos en movimiento continuo y peligroso dramatismo, pero sin detalles. Eran historietas que tan solo yo consumía.

En algún momento a mediados de los '30 me perdí en medio de Estocolmo. Mamá y yo habíamos estado en el concierto escolar. En el tumulto de la salida de la Casa de los Conciertos se soltó mi mano de la de mamá. Fui arrastrado irremediablemente lejos por la corriente humana y como era tan chico, nadie lo notó. Anocheció en la plaza de Hötorget. Allí estaba yo, privado de todo amparo. Había gente a mi alrededor, pero todos estaban ocupados en sus cosas. No había nadie a quien aferrarse. Fue mi primera vivencia de la muerte.

Luego de un momento de pánico, empecé a pensar. Tenía que ser posible volver a casa. Absolutamente posible. Habíamos venido en autobús. Yo había venido arrodillado en el asiento, como acostumbraba, y había visto a través de la ventanilla. Habíamos pasado Drottningsgatan. Se trataba tan solo de volver por el mismo camino, parada tras parada de autobús.

Caminé en el sentido correcto. De la larga caminata recuerdo solo un pasaje. Recuerdo haber llegado al puente de Norrbro y haber visto el agua. El tráfico era denso y no me animaba a cruzar la calle. Me volví hacia un hombre que tenía junto a mí y le dije: «Aquí hay mucho tráfico». Me tomó de la mano y me acompañó a cruzar.

Pero luego me dejó. No sé por qué a todos los otros transeúntes les parecía totalmente normal que un pequeño caminase solo en una oscura noche de Estocolmo. Pero así fue. El resto de la caminata, por la Ciudad Vieja, Slussen y por Söder, tiene que haber sido complicado. Tal vez fui hacia la meta guiado por el mismo misterioso compás que los perros y las palomas mensajeras llevan consigo: siempre vuelven a casa, los dejen donde los dejen. Es claro que la confianza en mí mismo crecía todo el tiempo y cuando volví a casa, estaba en estado de embriaguez. Me recibió el abuelo. Mi madre, desesperada, estaba en la comisaría siguiendo las investigaciones. El buen talante del abuelo no falló: me recibió con naturalidad. Estaba contento, pero no

dramatizó. Todo era seguro y natural.

MUSEOS

Durante mi infancia me atraían los museos. Primero el de Historia Natural, en la zona de Frescati. ¡Qué edificio! ¡Gigantesco, babilónico, inagotable! En la planta baja, sala tras sala, los mamíferos y los pájaros disecados se amontonaban en el polvo. Además, estaba la bóveda donde las ballenas colgaban del techo. Y en el primer piso: los fósiles, los invertebrados...

Yo visitaba el museo tomado de la mano de alguien. Tenía cinco años. A la entrada nos recibían dos esqueletos de elefante. Eran los dos guardias de la puerta hacia la maravilla. Dejaban en mí una impresión colosal; después los dibujaba en un gran cuaderno.

Después de un tiempo cesaron las visitas al museo. Había entrado en un período en el cual tenía un miedo atroz a los esqueletos. Lo más terrible era la imagen de la osamenta que aparecía al final del artículo titulado «Hombre» en el Libro Nórdico de la Familia.

Pero el miedo se extendía hacia los esqueletos en general, es decir también a los esqueletos de elefante del museo. Me volví temeroso hasta de mi propio dibujo y no me animaba a abrir el cuaderno.

Mi interés se dirigió por entonces hacia el museo del Ferrocarril. Hoy en día se halla en las afueras de la ciudad de Gävle, pero en aquel entonces estaba en el barrio de Klara. Un par de veces a la semana bajaba con el abuelo desde las alturas del barrio de Söder y visitaba el museo. El abuelo mismo debió de estar fascinado con los modelos de trenes, de otro modo no hubiese soportado el aburrimiento. Durante un fin de semana habitual, terminábamos en la estación Central de Estocolmo, donde los trenes echaban vapor en tamaño totalmente natural.

Los empleados notaban el fanatismo de aquel niño, y en alguna oportunidad fui recibido en la oficina del museo y pude escribir mi nombre (con la S al revés) en un libro de visitas. Quería ser ingeniero de trenes. Yo estaba más interesado en las locomotoras a vapor que en los más modernos trenes eléctricos. En otras palabras, yo era más romántico que técnico.

Tiempo después, en la edad escolar, volví al museo de Historia Natural. Era zoólogo aficionado, serio, precoz. Me inclinaba sobre los libros de insectos y peces.

Había empezado a coleccionar. Mis colecciones estaban en un armario de la casa. Pero en mi cabeza crecía un enorme museo, y entre ese museo fantástico y el muy real, en Frescati, había una relación.

Un domingo sí y otro no, más o menos, iba al museo de Historia Natural. Tomaba el tranvía hacia Roslagstull y caminaba los últimos kilómetros. El camino era siempre un poco más largo de lo imaginado. Recuerdo esas caminatas muy bien; siempre con viento, se me caían los mocos, lagrimeaba. No recuerdo las caminatas en sentido contrario; es como si nunca hubiese vuelto a casa, como si tan solo hubiese estado

yendo hacia allí, un paseo expectante, moqueando y lagrimeando hacia el enorme edificio babilónico.

Al llegar, me saludaban los esqueletos. A menudo, caminaba directamente hacia la sección «vieja», con los animales disecados desde el siglo XVIII —algunos de los cuales habían sido tratados deficientemente— con la cabeza hinchada. Había allí una magia especial. Los grandes paisajes artificiales con modelos bien diseñados de animales no me atraían: eso era ilusión, cosa de niños. Estaba claro que no me interesaban los animales vivos. Sí me interesaban los disecados, los que estaban al servicio de la ciencia. La ciencia a la cual me sentía cercano era la de Linneo: descubrir, coleccionar, examinar.

El museo era explorado. Me detenía largo rato entre las ballenas y en la sección de Paleontología. Y después estaba la sección en la que me entretenía más: la de los Invertebrados.

Nunca me comunicaba con otros visitantes. En realidad, no recuerdo que hubiese otros visitantes. Otros museos que visitaba con menos frecuencia —el Marítimo, el Etnográfico, el Técnico— estaban siempre llenos de gente. Pero el Museo Nacional parecía estar abierto solo para mí.

Un día me encontré con un semejante. No un visitante, sino un profesor, o algo por el estilo, que trabajaba en el museo. Nos encontramos en la sección de los Invertebrados, de pronto se materializó entre las vitrinas, casi tan alto como yo. Hablaba a medias consigo mismo. Inmediatamente nos metimos en una conversación sobre moluscos. Era tan distraído o libre de prejuicios que me trató como a un adulto. Uno de los ángeles de la guarda que aparecieron de vez en vez en mi infancia y me tocaron con sus alas. La conversación condujo a que yo fuese autorizado a visitar una sección que no estaba dedicada al público general. Recibí una cantidad de consejos sobre el disecado de animales pequeños y rae prestaron pequeños tubos de vidrio que parecían parte de un equipo verdaderamente profesional.

Junté insectos, sobre todo escarabajos, desde los once años hasta más o menos los quince. Los intereses que competían con esta actividad eran sobre todo los artísticos. ¡Qué pena que la Entomología tuviese que dejar lugar para esos intereses! Yo me convencía de que era algo momentáneo. En cincuenta años retomaré la colección, pensaba.

La actividad comenzaba en la primavera pero florecía sin dudas en el verano, en Runmarö. En la casa de verano, donde nos movíamos en unos pocos metros cuadrados, estaban los frascos con insectos muertos y una placa para disecar mariposas. Y por todas partes se deslizaba un olor a éter, que además flotaba en torno a mi persona, porque yo andaba siempre con un frasco de insecticida en el bolsillo.

Sin duda hubiese sido más serio usar cianuro, como recomendaba el manual. Por suerte, esa sustancia estaba fuera de mi alcance, de modo que nunca tuve que pasar por la prueba de honor de usarlo.

Eran muchos los que participaban en la caza de insectos. Los niños de los

alrededores aprendieron a avisar cuando aparecía algún insecto que pudiese ser interesante. «¡Un animaaaaal!», sonaba el grito en el pueblo y yo llegaba corriendo con la red.

Andaba siempre de excursión. Una vida al aire libre sin ninguna idea de que fuese o no saludable. No tenía puntos de vista estéticos sobre mi caza, naturalmente —se trataba de la Ciencia— pero tuve muchas vivencias de la belleza sin enterarme de ello. Me movía en el gran misterio. Aprendí que el suelo estaba vivo, que hay un interminable mundo reptante y volador que vivía su propia, rica vida, sin preocuparse en lo más mínimo de nosotros.

Una pizca de ese mundo era cazada y pinchada en mis cajas, que he conservado hasta el día de hoy. Un mini-museo escondido del que tengo poca conciencia. Pero allí están los bichos. Como si esperaran su tiempo.

LA ESCUELA POPULAR

Empecé en la escuela popular Katarina Norra y me tocó la señorita R, una digna dama soltera que renovaba su atuendo cada día. En la última hora del sábado, todos los niños recibíamos de ella un caramelo, aunque por otra parte era severa, los tirones de pelo y los golpes eran frecuentes, aunque nunca me tocaron a mí, que era hijo de maestra.

Mi tarea principal en el primer semestre fue estar sentado en silencio en mi banco. Yo ya sabía escribir y contar. Me sentaba a recortar papel coloreado, no recuerdo más que eso.

Creo que el ambiente era bastante bueno durante el primer año escolar, pero se endureció después de un tiempo. Lo que le hacía perder los estribos a la maestra eran las rupturas del orden, cuando alguien se alborotaba. No teníamos permitido alborotarnos ni alzar la voz. Tampoco ser mezquinos. Ni venir con preguntas inesperadas. Sobre todo no debíamos hacer nada inesperado. Una niña que se orinase de vergüenza y miedo no podía esperar misericordia alguna.

Como decía, yo me libraba de recibir manotazos por ser hijo de una maestra. Pero el ambiente de miedo a las agresiones lo podía percibir. En el fondo estaba el Maestro Superior, un peligroso aguilucho. Lo más temible era terminar en el Asilo Educativo, algo que se mencionaba en ocasiones especiales. Yo no lo sentía como un riesgo para mí mismo, pero la sola mención causaba desagrado.

Podía imaginar fácilmente lo que era el Asilo Educativo, especialmente porque había oído el nombre de uno de ellos, «SKRUBBA»,^[3] que llevaba el pensamiento hacia ralladores y garlopas. Que la tortura se empleaba diariamente contra los internos, era algo que para mí estaba claro. En la imagen del mundo que recibí, siempre estuvo la idea de que había asilos especiales en donde los adultos torturaban niños —tal vez hasta la muerte— porque se habían portado mal. Era terrible, pero así debía ser. Si uno se lo buscaba...

Cuando un niño de la escuela era tomado por un Asilo Educativo y después de un tiempo volvía a las clases, yo lo consideraba como alguien que resucitó de entre los muertos.

Una amenaza más realista era la EVACUACIÓN. Durante los primeros años de la guerra se planeaba la evacuación de los niños de las grandes ciudades. Mi madre grabó con tinta el nombre TRANSTRÖMER en nuestras sábanas y otras ropas. La cuestión era ahora si yo sería evacuado con mi madre y su clase o junto con mi clase de Katarina Norra, es decir ser deportado con la señorita R. Yo sospechaba que sería lo último.

Me libré de la evacuación. La vida en la escuela continuó. Yo deseaba que terminara la hora de clase para arrojarme sobre lo que realmente me interesaba: África, el mundo subacuático, la Edad Media y otras cosas. Lo único que me

fascinaba de la escuela eran las láminas. Adoraba las láminas. La felicidad mayor era acompañar a la señorita al depósito y recoger alguna gastada lámina de papel. Se podían ver las otras láminas que colgaban allí. Yo mismo fabricaba, según mis posibilidades, mis láminas en casa.

Una diferencia importante entre mi vida y la de los compañeros de curso era que yo no tenía un papá para mostrar. La mayoría eran niños de hogares de trabajadores, donde el divorcio no era al parecer nada frecuente. Yo no quise nunca aparentar que mi situación familiar era algo especial. Ni siquiera para mí mismo aparentaba. Yo tenía un papá, aunque lo veía solamente una vez al año (normalmente en Navidad), tenía contacto con él. Una vez, durante la guerra, anduvo en un barco torpedero y desde allí me mandó una divertida carta. Yo hubiese querido mostrar esta carta, pero no parecía apropiado.

Recuerdo un momento de pánico. Había faltado a la escuela un par de días y cuando regresé me contó un compañero que la señorita —no la señorita R sino una suplente— había advertido a la clase que nadie debía provocarme a causa de que yo no tenía padre. En otras palabras, yo era un desgraciado. Sentí pánico al escucharlo: al parecer, yo era anormal. Intenté hacer que se olvidase el asunto, totalmente ruborizado.

Sentí intensamente el peligro de ser considerado anormal, porque en el fondo tenía la sospecha de serlo. Me devoraban intereses que era raro que ningún niño normal pudiese tener. Iba a clase de dibujo y dibujaba escenas subacuáticas: peces, erizos, cangrejos, conchas. La señorita subrayaba en voz alta que mis dibujos eran muy «especiales» y el pánico me volvía. Había una serie de adultos insensibles que todo el tiempo me señalaban como raro. Los compañeros eran más tolerantes. Yo no era ni popular ni rechazado.

Hasse, un muchacho oscuro y grande que era cinco veces más fuerte que yo, tenía por costumbre ganarme en lucha libre en cada pausa del primer año escolar. Al principio ofrecí activa resistencia pero de nada sirvió: él me derrotaba siempre, de todos modos. Al final encontré un método para desanimarlo, relajándome totalmente. Cuando se acercaba, yo fingía que mi Yo había volado lejos y que lo único que había quedado era un cadáver, un trapo que él podía manosear como quisiera. Entonces se cansó.

Me pregunto qué ha significado para mi existencia el método de transformarse a sí mismo en trapo sin vida. El arte de ser atropellado, conservando el amor propio. ¿No lo habré utilizado en exceso? A veces funciona, a veces no.

LA GUERRA

Era la primavera de 1940. Yo era un muchacho flaco de nueve años que se inclinaba sobre el mapa de la guerra en los diarios, en donde las ofensivas de las divisiones acorazadas alemanas estaban representadas con flechas negras. Las flechas penetraban en Francia y vivían también como parásitos en nuestros cuerpos, enemigos de Hitler. Yo me contaba realmente entre ellos. ¡Nunca estuve tan seriamente comprometido en política!

Provoca un sentimiento de ridículo el escribir sobre el compromiso político de un niño de nueve años, pero no se trataba de política en el sentido habitual. Fue así como participé en la guerra. Sobre cuestiones sociales, sobre clases, sindicatos, economía, reparto de los recursos, socialismo versus capitalismo, etc.: yo no tenía una idea de estas cosas. «Comunista» era la denominación de una persona que defendía a Rusia. «Derecha» era algo sospechoso porque parte de este partido simpatizaba con Alemania. Lo que yo entendía, por lo demás, de la derecha, era que uno la votaba si era rico. Pero ¿qué se quería decir exactamente con ser rico? Algunas veces fuimos a cenar a casa de una familia que describían como rica. Vivían en Äppelviken, el señor de la casa era mayorista. Una gran casa, servidumbre vestida en blanco y negro. Noté que el niño de la familia —que tenía mi misma edad— tenía un fantástico y enorme auto de juguete, un coche de bomberos, muy fascinante. ¿Cómo se conseguía uno así? Por un instante apareció la certeza de que la familia pertenecía a otra clase social, una en la cual uno podía tener este tipo de autos de juguete de gran tamaño. Aparece como un recuerdo fugaz y de poca importancia.

Otro recuerdo: durante una visita a casa de un compañero de clase, me asombro al descubrir que en su casa no hay inodoro sino una letrina como la que nosotros teníamos en el campo. Había que orinar en un recipiente que la madre arrojaba en el desagüe de la cocina. Un detalle pintoresco. Por lo demás, no pensé que la familia de mi compañero tuviese carencias. Y la casa de Äppelviken no me parecía admirable. Me encontraba muy lejos de esa capacidad que muchos parecen tener desde la edad primera: con una sola mirada, poder interpretar la pertenencia de clase y el estándar económico. Muchos niños parecen ser capaces de esto, pero para mí no era así.

Mis instintos «políticos» estaban enfocados directamente hacia la guerra y el nazismo. Para mí se trataba de ser pro-nazi o anti-nazi. La extendida tibieza de los suecos, el oportunismo incipiente, eran cosas que yo no entendía. Yo lo interpretaba como un apoyo no formulado a los Aliados, o como nazismo disfrazado. Cuando me daba cuenta de que alguna persona que me agradaba era «amigo de Alemania» sentía inmediatamente una terrible presión en el pecho. Todo terminaba allí. Ya no podíamos tener cosas en común.

De las personas cercanas me esperaba una adhesión sin reservas. Una noche, cuando estábamos en casa de tío Elof y tía Agda, escuché decir a mi silencioso tío,

después de las noticias: «Y los ingleses hacen victoriosas retiradas...». Lo dijo casi con pesar, pero había algo irónico en el comentario (habitualmente la ironía era algo ajeno al tío) y sentí enseguida la presión sobre el pecho. La historia escrita por los Aliados no se podía cuestionar. Me quedé mirando amargamente la lámpara del techo. En ella podía encontrar consuelo. Tenía la forma misma de los cascos de acero ingleses: como un plato de sopa.

Los domingos cenábamos habitualmente en casa de mis otros tíos, los del barrio de Enskede, que funcionaba como una especie de familia de apoyo para mi madre después del divorcio. Era parte del ritual sintonizar las transmisiones en sueco de la BBC.

Nunca olvido la sintonía de ese programa. La sintonía de la V se escuchaba al principio y luego la melodía de rúbrica que se anunciaba como «Trompeta Voluntaria de Purcell» (que en realidad era un pomposo arreglo de una pieza para címbalo de Jeremiah Clarke). La voz tranquila del locutor, con un pequeño acento, me hablaba directamente desde un mundo de simpáticos héroes que seguían su vida corriente aunque lloviesen las bombas.

Cuando íbamos en el tren suburbano hacia Enskede yo deseaba siempre que mamá —que odiaba llamar la atención— mostrase el periódico de propaganda *Novedades de Gran Bretaña* y de esta manera hacer pública nuestra solidaridad. Ella lo hacía todo por mí, también esto.

A papá lo veía rara vez durante los años de la guerra. Pero un día apareció y me llevó a un banquete de colegas periodistas. Las copas estaban dispuestas, había bullicio y risas y mucho humo de cigarrillo. Recorrí las mesas, saludé y respondí preguntas. Había un clima de regocijo y tolerancia, y uno hacía lo que quería. Yo desaparecí y anduve examinando los anaqueles de la casa extraña.

Allí había un libro recién aparecido, *El martirio de Polonia*. Documental. Me senté en el suelo y lo leí de cabo a rabo, mientras las voces sonaban por encima de mí. El terrible libro —que nunca más he visto— contenía mis temores, o tal vez lo que esperaba. ¡Los nazis eran tan inhumanos como me los imaginaba, y más! Leía con fascinación y náuseas y al mismo tiempo crecía en mí un sentimiento de triunfo: ¡Yo tenía razón! Todo estaba en el libro, estaba probado. Un día todo sería revelado, los que dudaban verían un día la verdad desnuda. Era solo cuestión de esperar. Y así sucedió.

LA BIBLIOTECA

Medborgarhuset se construyó cerca de 1940. Un gran cubo en medio de Söder pero también un edificio luminoso, prometedor, moderno, funcionalista.^[4] Quedaba a cinco minutos de la casa donde vivíamos.

En Medborgarhuset había entre otras cosas una piscina y una biblioteca. En un extremo la sección infantil, en el otro la de adultos. Yo estaba destinado a la sección infantil, y allí estaban al principio todos los libros que yo podía necesitar. El más importante era Brehm: «La vida de los animales».

Yo me deslizaba en la biblioteca casi todos los días. Pero no era sin dificultades. Alguna vez pasó que yo tomaba prestados libros que las señoritas de la biblioteca no consideraban apropiados para mi edad. Se trataba del violento documental de Knud Hombøes *Arde el desierto*.

—¿Para quién es este libro?

—Yo...

—Ah, no.

—Yo...

—Dile a tu papá que puede venir él mismo y tomar prestado el libro.

Era aún peor cuando intentaba entrar a la sección de adultos. Yo necesitaba un libro que no existía en la sección infantil. Me paraban a la entrada.

—¿Cuántos años tienes?

—Once.

—Entonces, no puedes tomar libros de aquí. Serás bienvenido dentro de algunos años.

—¡Pero es un libro que solo se encuentra aquí!

—¿Qué libro?

—*Historia de las migraciones de los animales escandinavos* —el nombre del autor lo agregaba en voz baja, con un sentimiento de que había perdido el juego. Sí, exactamente, allí estaba el freno. Yo me ruborizaba, me enojaba. ¡Nunca la perdonaría!

A veces intervenía mi silencioso tío Elof, me daba su carné de la sección de adultos y hacíamos como que yo tomaba prestado para él. Ahora podía entrar a la sección. La pared lindaba con los baños, el olor a cloro penetraba por la ventilación y se oían los ecos lejanos de las voces en las piscinas. Siempre hay una acústica maravillosa en las piscinas. El templo de la salud y los libros eran vecinos, eso me parecía agradable.

Me hice devoto de esta biblioteca durante muchos años. Me parecía superior a la biblioteca central de la calle Sveavägen, allí donde el ambiente era más pesado y el aire estaba quieto, sin vapores de cloro, sin ecos de voces. El olor de los libros era diferente allí, producía jaqueca.

Cuando me dejaron visitar libremente la biblioteca entera, me ocupé más que nada de los libros científicos. La Literatura la abandoné a su suerte. También dejé de lado secciones como Economía y Ciencias Sociales. Historia, por lo contrario, era interesante. La Medicina me asustaba.

Pero Geografía era un área favorecida. Me detenía especialmente frente al anaquel de África, que era muy amplio. Recuerdo aún algunos títulos: *Alrededor del Monte Elgon*, *Un muchacho de Hötorget en África*, *Bocetos del desierto...* Me pregunto si quedará allí alguno de aquellos libros que llenaban los anaqueles.

Alguien que se llamaba Albert Schweitzer había escrito un libro con el provocador título *Entre el bosque original y el agua*. Tenía muchas reflexiones sobre la vida. Pero él, Schweitzer, se mantenía casi siempre quieto en su estación de estudio y *no se desplazaba*, de modo que no era un viajero descubridor. Como Gösta Moberg, por ejemplo, que devoraba kilómetros (¿por qué?) en muchos territorios atractivos y desconocidos: Níger, Chad, tierras sobre las que no había ninguna otra cosa escrita que estuviese en la biblioteca. Allí se favorecía a Kenia y «Tangañica», viejos enclaves suecos. Los turistas que viajaban en barco por el Nilo, hacia las regiones de Sudd, volvían y escribían un libro. Pero nadie había que hubiese viajado por las partes secas del Sudd,^[5] nadie que hubiese puesto su pie en Kordofán o Darfur. Las colonias portuguesas Angola y Mozambique, que parecían tan grandes en el mapa, también eran zonas desconocidas e ignoradas en el anaquel de África: esto las hacía más atractivas.

Yo leí unos cuantos libros de pie en la biblioteca, porque no deseaba tomar demasiados libros de la misma especie, o el mismo libro varias veces. Tenía la sensación de que podía ser criticado por algún bibliotecario, y eso quería evitarlo a cualquier precio.

Un verano —no recuerdo cuál— viví un sueño grande e interminable sobre África. Fue en Runmarö, lejos de la biblioteca. Me aislé y viví en la fantasía de que dirigía una expedición que cruzaba el África Central. Caminaba y caminaba en los bosques de Runmarö y controlaba cuánto había caminado aproximadamente, y dibujaba el tramo en un gran mapa de África, África de cuerpo entero, que yo mismo había dibujado. Si, por ejemplo, calculaba que durante una semana había caminado 120 kilómetros, dibujaba en el mapa 120 kilómetros. No era mucho.

Al principio, había pensado en comenzar la expedición en la costa este, más o menos donde Stanley la comenzó. Pero se hizo un tramo demasiado largo antes de llegar a las regiones más interesantes. Por eso cambié de idea y pensé en ser transportado hasta Albert Nyansa. Y allí comenzaba la verdadera expedición, a pie. Yo iba a tener de todos modos una buena oportunidad de liquidar una gran parte de la selva de Ituri antes de que el verano acabara.

Era una expedición del siglo XIX, con servicio de porteadores y todo lo demás. Mientras tanto, yo era consciente de que era una manera anticuada de transportarse. África había cambiado. En la Somalia Británica había guerra, eso lo podíamos oír en

las noticias del día. Aparecieron los blindados. Era en realidad la primera zona en la que los Aliados habían hecho progresos durante la guerra —eso lo sabía yo, por supuesto, y Abisinia era el primer país que fue liberado de los poderes del Eje.

Cuando mi sueño africano volvió, algunos años más tarde, se había modernizado y se había vuelto casi real. Pensé en convertirme en entomólogo y juntar insectos en África, descubrir nuevas especies en lugar de nuevos desiertos.

LA ESCUELA SECUNDARIA

Solo un par de mis compañeros de clase de la Escuela Popular pasaron a la Escuela Secundaria. Y ninguno, salvo yo mismo, solicitamos entrada en la Escuela Superior Secundaria para Varones de Södermalm, es decir el Södra Latin.

Había una prueba de ingreso a la escuela. De la prueba recuerdo solamente que escribí erróneamente la palabra «särskild».^[6] La escribí con doble «l». De allí surgió una distorsión en torno a esa palabra, que me acompañó hasta los años 60.

Recuerdo con nitidez mi primer día de escuela en el Södra Latin, el semestre de otoño de 1942. La imagen de mi memoria es así: me encuentro entre muchachos de once años, desconocidos. Siento en el estómago los nervios, me siento inseguro y solo. Pero algunos de los otros parecen conocerse bien entre sí: los que vienen del Preparatorio María. Busco en vano algún rostro de Katarina Norra. El ambiente es en parte de oscura inquietud y en parte expectativa y esperanza.

Todos somos llamados y divididos en tres clases. Yo soy destinado a la clase 15 B, y me dicen que siga al Dr. Mohlin, mi maestro principal. Uno de los profesores más antiguos. Su materia es Alemán. Es un hombre pequeño con una especie de gatuna autoridad. Se mueve rápido y silencioso, tiene cabello hirsuto, grisáceo y áridas arrugas en la frente. Recibo una impresión de algún conecedor en las cercanías: Målle —como le llaman— es «estricto pero justo». Mal augurio.

Ya desde el principio estaba claro que la casa de estudios era algo muy distinto a la Escuela Popular. Södra Latin era totalmente masculino, la escuela era tan monosexuada como un monasterio o una caserna. Recién algunos años más tarde se deslizaron un par de mujeres en el plantel docente.

Cada mañana se juntaban todos los alumnos en el aula, cantaban salmos y escuchaban un sermón de alguno de los maestros de Cristianismo. Después marchaban hacia sus clases respectivas. El ambiente colectivista del Södra Latin está descrito en la película *Hets*,^[7] que se filmó en la escuela por esta época. (Nosotros, que fuimos a la escuela en ese tiempo, aparecimos en algunas partes como extras.)

Todos poseíamos un catálogo de la escuela que, entre otras cosas, contenía «Fundamentos del Reglamento sobre orden y decoro»:

El pupilo se presentará a las clases a una hora determinada, ordenada y correctamente vestido y provisto con los necesarios libros de estudio, poniendo atención al ordenado y limpio comportamiento y siguiendo las clases con atención. Así también se presentará el pupilo a hora fija al culto matinal y participando de manera silenciosa y atenta...

A los maestros de la casa de estudios mostrará el alumno respeto y obediencia y recibirá dócilmente sus indicaciones, correctivos y puniciones...

El Södra Latin estaba en la parte alta de Söder, el patio tenía la forma de una explanada por encima de la mayoría de los tejados del barrio. Los ladrillos del edificio escolar se veían de lejos. El camino hacia este castillo de suspiros lo hacía yo normalmente a medio correr. Pasaba los montones altos y largos de leña de la época de crisis frente al Jardín de Björn, subía por Götgatan —donde estaba la librería Hansson & Bruce—, torcía a la izquierda por Högbergsgatan y allí estaba, cada mañana de invierno, un caballo mascando heno de una bolsa. Un caballo de las cervecerías, un caballo de las Ardenas echando vapor. Yo permanecía un instante a la sombra de su olor, y el recuerdo del paciente animal y de cómo olía en el frío húmedo, está todavía muy vivo. Un olor que era agobiante y consolador a la vez.

Me apresuraba hacia el patio más o menos cuando las campanas tañían para el culto matutino. Casi nunca llegaba tarde: todo lo tenía calculado entre las 7 y las 8 de la mañana. La cuerda estaba tensa para el día.

El fin del día escolar era naturalmente más calmo y menos reglamentado. A veces acompañaba a Palle a casa. Era por cierto el compañero más cercano desde el primer año de escuela. Teníamos muchas cosas en común: su papá estaba ausente de casa —era marino— y él era el hijo único de una buena mamá que parecía contento al verme. Palle había desarrollado una serie de costumbres de hijo único, como yo, vivía metido en sus intereses. Era ante todo recolector. ¿De qué? De todo. Etiquetas de cerveza, de bujías, espadas, hachas, estampillas, caracoles, cosas etnográficas y vértebras.

En su casa rebotante de colecciones, nos batíamos a duelo con las espadas. Organizamos excavaciones en un lugar secreto de Riddarholmen y encontramos partes de esqueletos que mi dentista identificó como «partes de un ser humano».

Era enriquecedor andar con Palle, pero pronto nos fuimos separando. En los últimos años de la escuela, Palle faltaba durante largos períodos, por enfermedad. Cuando pasó a otra clase se quebró el contacto. Mi viejo amigo estaba ya muy lejos. En realidad, Palle estaba marcado por la muerte: ahora aparecía solo en pocas ocasiones en la escuela, pálido y serio, con una pierna amputada. Cuando murió, no pude ni siquiera aceptar el hecho. Tuve mala conciencia, pero me negaba a aceptarlo. Sentía como si tuviese que reprimir el recuerdo de todo lo bueno que vivimos juntos.

Con Palle, que murió hace cuarenta y cinco años, sin haber llegado a ser adulto, con él me siento de la misma edad. Mis viejos maestros, «los viejos», como los llamábamos a todos, quedarán en la memoria como «los viejos», a pesar de que los mayores entre ellos tenían la edad que yo tengo ahora, cuando escribo esto. Uno se siente siempre más joven de lo que es. Dentro de mí llevo mis rostros anteriores, como un árbol lleva los anillos de la edad. Es la suma de ellos lo que es «yo». El espejo ve solamente mi rostro ulterior, yo conozco todos mis anteriores.

Los maestros que ocupan más espacio en mi memoria son, naturalmente, los que creaban alta tensión, los vividos coloridos originales. No eran la mayoría, pero eran bastantes. En algunos había algo trágico que nosotros notábamos. Una situación de

emergencia que tenía el siguiente aspecto: no saber si puedo ser querido por estos envidiables tontos que tengo frente a mí, no sé si podré ser querido, pero ¡al menos trataré de ser inolvidable!

La sala de clase era un teatro. En la escena actuaba el protagonista, el maestro, que era controlado sin piedad. Los alumnos eran el público y a veces —cada uno por separado— actores del drama.

Uno tenía que estar todo el tiempo en guardia. Tuve que acostumbrarme al repetido juego de agresión. La señorita de la escuela popular había dejado una buena base para esto: había sido estricta y dura. Pero no un personaje teatral. De mi casa no podía recoger enseñanzas. Rara vez había actuaciones en casa, ni espectáculos, ninguna figura masculina que bramase. Mamá era espontánea y nada dramática. Mostrar enojo era algo infantil. Yo, que tan a menudo me enojaba durante la infancia, ahora era un muchacho bastante calmo. Mis ideales eran el inglés: «*a stiff upper lip*». Los ataques de furia eran cosas de los poderes del Eje.

En la escuela había divas coléricas que podían dedicar parte de la lección a construir una torre de indignación histérica, solamente para poder derramar allí su ira.

Mi maestro principal, Målle, no tenía nada de diva. Pero él era víctima de una irresistible y reiterada ira. Målle era en realidad una persona encantadora y un gran pedagogo en sus períodos más armónicos. Pero, por desgracia, es su ira lo que recuerdo mejor. Es posible que las grandes explosiones no fuesen más frecuentes que tres o cuatro veces al mes. Pero eran momentos en que su gran autoridad estaba en juego.

En esas horas de clase se movía el rayo sobre el paisaje. Que caería en algún sitio era seguro, nadie sabía dónde. Målle no tenía víctimas fijas. Era «estricto pero justo». A cualquiera le podía tocar.

Un día cayó el rayo en mi sitio. Íbamos a abrir la gramática alemana. Yo no podía encontrar el libro. ¿Estaba dentro de la cartera? ¿Lo había olvidado en casa? Fuese como fuese, todo era inútil. No pude encontrar el libro.

—¡Levántese!

Vi a Målle bajar danzando del púlpito y acercándose. Como cuando uno anda por un campo y ve un toro aproximarse.

Entonces empezaron a sonar las bofetadas. Yo me tambaleaba de aquí para allá. Al instante, Målle ya estaba de vuelta en el púlpito, siempre rebosante de ira, escribiendo una nota de advertencia a mis padres. Estaba formulada con vaguedad, decía que yo era culpable de «descuido en la lección» o algo parecido.

Muchos maestros esperaban que las advertencias escritas provocaran interrogatorios y renovado castigo en la casa del alumno.

No era así en casa. Mamá oyó mi historia y firmó la nota. Notó que yo tenía un par de moretones en la cara, a causa del anillo que usaba el maestro. Reaccionó con violencia frente a esto. Dijo que se pondría en contacto con la escuela, tal vez llamaría al rector.

Aquí protesté. ¡No quería que ella hiciera eso! Todo había pasado ya. Pero ahora la amenaza era de Escándalo. Me tacharían de nene de mamá y sería perseguido por la eternidad, no solo por Målle sino por todos los maestros.

Ella no lo hizo, por supuesto. Y durante toda mi vida escolar traté de mantener el mundo de la escuela separado del mundo del hogar. Si esos mundos comenzaban a mezclarse, el hogar se contaminaría. Yo ya no tendría ningún refugio en ningún sitio. Todavía siento una náusea cuando oigo la expresión «colaboración entre el hogar y la escuela». También percibo que la separación de los dos mundos para mí fue el avance hacia la separación, más de principios, entre vida privada y sociedad. (Nada tiene que ver con pensamiento de izquierdas o de derechas.) Lo que uno vive en la escuela se proyecta hacia una imagen de la sociedad. Mi experiencia total de la escuela era variada, aunque más oscura que clara. Así se ha formado mi imagen de la Sociedad. (Pero ¿qué quiero decir en realidad con «sociedad»?)

El contacto entre maestro y alumno era personal hasta el manoseo, e importantes rasgos de la personalidad se agigantaban en la atmósfera del salón de clase, a partir de situaciones muy cargadas. Personales, sí, pero en absoluto privadas. No sabíamos casi nada de la vida privada del maestro, a pesar de que los más de nosotros vivíamos en el barrio cercano a la escuela. Cundían los rumores, por cierto —por ejemplo, que Målle había sido boxeador liviano en su juventud— pero eran rumores sin fundamento, en realidad nadie creía en ellos. Datos fidedignos teníamos de los dos providenciales maestros jóvenes, que nunca trajeron a las clases ningún dramatismo. Uno de ellos era pobre y se mantenía tocando el piano en un restaurante, por las noches. Lo habían visto allí. Del otro sabíamos que era campeón de ajedrez. Había aparecido en los diarios.

Un día de otoño entró Målle al salón con una seta en la mano. La dejó sobre el púlpito. Liberados y conmovidos: ¡habíamos visto un destello de su vida privada! Así que Målle recolectaba setas.

Ningún maestro expresaba ideas políticas. Pero por esta época había fuertes tensiones en el claustro escolar. La Segunda Guerra Mundial se libraba también allí. Unos cuantos maestros eran nazis convencidos. Uno de ellos, tan tarde como en 1944, había al parecer exclamado, en el claustro, «si cae Hitler, caigo YO». Pero no cayó. Lo tuve en Alemania. Se recobró tan bien que pudo saludar, con triunfante exhibición, el Premio Nobel de Hesse en 1946.

Yo era un buen alumno, pero no de los mejores. Biología debería haber sido mi materia favorita. Pero en Biología tuve un maestro muy especial, durante gran parte de la secundaria. Él había cometido hacía un tiempo un error insalvable, había sido advertido y ahora andaba como un volcán apagado. Mis mejores materias eran Geografía e Historia. En estas tenía al maestro adjunto Brännman, rubicundo, enérgico, un joven con cabello lacio y rubio que tenía una tendencia a desordenarse cuando se enojaba, lo que sucedía con bastante frecuencia. Estaba lleno de voluntad, me gustaba. Yo escribía siempre los trabajos sobre temas de geografía e historia. Eran

largos escritos. Sobre ello escuché más tarde una historia de otro alumno del colegio, Bo Grandien. Bo se hizo amigo cercano en el tiempo del bachillerato, pero en la secundaria no nos conocíamos.

Bo contó que la primera vez que oyó hablar de mí fue cuando pasó junto a un grupo de compañeros, en un recreo. Habían entregado recientemente unos escritos y estaban descontentos con la calificación. Bo escuchó la irritante réplica:

—¡No todos pueden escribir TAN RÁPIDO como la Grulla!^[8] Bo concluyó que la Grulla era un tipo despreciable al que había que eludir. Para mí esta historia es consoladora, en cierto sentido. Conocido por mi poca productividad, yo era también conocido por escribir rápido, alguien que se cubría con largos escritos.

EXORCISMO

El invierno en que tenía quince años me cubrió una gran angustia. Fui atrapado por un reflector que proyectaba oscuridad en vez de luz. Me cubría cada tarde, cuando comenzaba a oscurecer y la angustia no aflojaba su abrazo hasta que amanecía al día siguiente. Dormía muy poco, sentado en la cama, habitualmente con un grueso libro frente a mí, leía muchos y gruesos libros por esta época, pero en realidad no puedo decir que los leía porque nada quedaba en la memoria. Los libros eran una excusa para tener la lámpara encendida.

Comenzó en el otoño tardío. Una noche en que había estado en el cine y había visto *Días sin huella*, una película sobre un alcohólico. Al final, el personaje sufre de *delirium tremens*, una secuencia conmovedora, que tal vez ahora vería como algo infantil. Pero en aquel momento...

Después de acostarme, en el momento de dormir, la película se repitió en mi interior, como suele suceder después de la visita al cine.

De pronto la atmósfera se espesó de terror en la habitación. Algo se apropió de mí. Inesperadamente, mi cuerpo empezó a sacudirse, sobre todo las piernas. Yo era un juguete mecánico al que se le da cuerda, que ahora se sacudía y pataleaba indefenso. Eran calambres fuera de todo control. Nunca me había pasado nada igual. Pedí ayuda y mamá entró en la habitación. Luego se calmaron los calambres. Ya no volvieron más, tampoco. Pero el miedo se profundizó y se hizo un permanente seguidor desde el anochecer al amanecer. El sentimiento dominante, durante las noches, era un terror al que se acercó Fritz Lang en algunas escenas de *El testamento del doctor Mabuse*, sobre todo la escena inicial —una imprenta donde alguien se esconde mientras las máquinas están en acción y todo vibra—, en esa escena me reconocía a mí mismo. Pero en las noches se hacía el silencio.

La dimensión más importante de la existencia era la Enfermedad. El mundo era un enorme hospital. Yo veía frente a mí gentes lisiadas de cuerpo y alma. La lámpara estaba encendida y yo trataba de mantener lejos los terribles rostros, pero a veces me adormilaba, los párpados caían y los horribles rostros estaban de pronto junto a mí.

Todo estaba en silencio pero las voces trabajaban todo el tiempo dentro del silencio. Los dibujos del empapelado gesticulaban. De vez en cuando se rompía el silencio por un chasquido en las paredes. ¿Qué lo provocaba? ¿Quién? ¿Yo mismo? ¿Sonaba en las paredes porque mis pensamientos enfermos así lo deseaban! Así y peor aún... ¿Estaba loco? Al borde de la locura.

Tenía miedo de deslizarme hacia la locura, pero por lo demás, no me sentía amenazado por ninguna enfermedad —no era un caso hipocondríaco—, era el *poder de la enfermedad* el que despertaba el terror.

Como en una película en la que un inocente interior de apartamento cambia totalmente de carácter cuando surge una música angustiada, así vivía yo ahora el

mundo exterior de una manera nueva, porque la conciencia del *poder de la enfermedad* estaba allí. Unos años antes había querido ser descubridor. Ahora me había internado en tierra desconocida, a la que nunca había querido llegar. Había descubierto un poder maligno. O, mejor dicho: el poder maligno me había descubierto a mí.

(He leído hace poco sobre unos adolescentes que perdieron toda la alegría vital porque estaban poseídos por representaciones de que el SIDA tenía poder en todo el mundo. Ellos me comprenderían.)

Mamá había sido testigo de los calambres de aquella noche de otoño tardío, al comienzo de la crisis. Pero, en adelante, ella tenía que mantenerse afuera. Todos tenían que mantenerse afuera, lo que sucedía era demasiado terrible como para mencionarlo. Yo estaba rodeado de fantasmas. Yo mismo era también un fantasma. Ese fantasma iba a la escuela cada mañana y participaba de las lecciones sin revelar su secreto. La escuela se había vuelto un espacio de libertad: allí no había la misma angustia. Era en la vida privada donde aparecía. Todo estaba así patas arriba.

Por esta época desconfiaba de toda religión y no formulaba rezos. Si la crisis hubiese aparecido algunos años más tarde, la hubiese vivido como una especie de milagro, algo que me despertaría, algo así como los cuatro encuentros de Siddharta (con un viejo, un enfermo, un cadáver y un monje mendicante). Yo hubiese podido tener más compasión y un poco menos de terror frente a los deformes muertos que aparecían en la conciencia nocturna. Pero entonces, cuando la angustia se presentaba, no había ninguna colorida explicación como respuesta. Ningún rezo, pero un intento de exorcismo a través de la música. Por ese tiempo comencé a aporrear el piano en serio.

Y yo crecía todo el tiempo. Al comienzo del semestre de otoño era uno de los menores de la clase; hacia el fin del semestre de primavera era uno de los más altos. Como si la angustia en que vivía fuese un abono que hacía que la planta se lanzase a las alturas.

El invierno iba hacia su fin y los días se volvían más largos. Entonces sucedió algo maravilloso: la oscuridad de mi propia vida también se retiró. Fue de a poco, demoró un tiempo antes de que yo fuese del todo consciente de ello. Una noche de primavera descubrí que la angustia se había vuelto marginal. Estaba con algunos camaradas filosofando (y fumando un cigarro), era hora de ir a casa a través de la luminosa noche de primavera y no sentía que fuese a encontrarme con horrores en casa.

De todos modos, tuve esa experiencia. Tal vez la más importante para mí. Pero terminó. Yo creí que era el Infierno, pero era el Purgatorio.

LATÍN

En el otoño de 1946 comencé el bachillerato, en la rama de Latín. Tuve nuevos maestros. En lugar de Målle, Satan, Slöman y otros, llegaron ahora otros como Fjalar, Lillan, Moster y Bocken.^[9] Este último era el más importante. Era el maestro principal y tuvo sobre mí una influencia mayor de la que yo quería reconocer, en los momentos en que me topaba con él.

Tiempo atrás, antes de que fuese mi maestro, habíamos tenido un dramático encuentro. Yo andaba atrasado y corriendo en uno de los pasillos de la escuela. Del otro lado llegó otro muchacho corriendo, uno que iba a una clase paralela a la mía. Era G., un conocido arrogante. Frenamos la carrera casi frente a frente, sin poder evitar del todo el choque. Estas frenadas suponen mucha agresividad, y estábamos solos en el pasillo. G. aprovechó para golpearme. Su puño derecho fue a estrellarse fuerte en la boca de mi estómago. Todo se oscureció y yo caí al suelo, quejándome como una señorita de novela del siglo xix. G. se alejó.

Cuando la oscuridad se dispersó miré hacia arriba y vi una oscura silueta inclinada sobre mí. Una larga, quejosa y cantarina voz repetía casi con desesperación: «¿Qué pasa aquí? ¿Qué pasa aquí?». Un rostro rosado y una barba muy cuidada y blanquísima.

Ese tono, ese rostro, pertenecían al rector de Latín y Griego, Per Venström, alias Pelle Vänster, alias el Carnero.

No me interrogó, sino más bien pareció satisfecho cuando vio que yo podía irme del lugar por mis propios medios. Como parecía realmente preocupado y casi servicial, en mí se asentó el sentimiento de que el Carnero, en el fondo, era una persona de buena voluntad. Algo de este sentimiento se conservó hasta mucho tiempo después, cuando entramos en conflicto.

El aspecto del Carnero era elegante y bastante teatral. Junto a la barba blanca, usaba un oscuro sombrero de ala ancha y una breve capa. Un mínimo de abrigo para el invierno. Era fácil asociarlo con Drácula. A la distancia se le veía soberbio y decorativo; de cerca, en su rostro había a menudo algo de desamparo.

El tono a medias cantarín que lo caracterizaba era un resultado del desarrollo personal del dialecto de Gotland.^[10]

El Carnero sufría una enfermedad crónica en las articulaciones, y rengueaba pronunciadamente. Pero igualmente se movía rápido. Hacía siempre una entrada dramática en el salón de clase, el portafolios era arrojado en el púlpito y pocos segundos después quedaba claro si su humor era bueno o malo. Evidentemente su carácter estaba influido por el estado del tiempo. Los días fríos y claros, las lecciones se hacían bastante cordiales. Cuando había baja presión y tiempo nublado, las lecciones se arrastraban bajo un clima sordo e irritado, acompañado de ineludibles ataques de ira.

Él pertenecía a esa clase de personas a las que era imposible imaginar en otro papel en la vida que el de maestro. Se podía decir sencillamente que era imposible imaginárselo como otra cosa que un maestro de Latín.

Durante el segundo año de Gimnasio, comencé con mi propia manera modernista de escribir poesía.

Al mismo tiempo me sentía atraído por la poesía antigua, y cuando las lecciones de latín pasaban de los textos históricos sobre la guerra, senadores y cónsules, hasta los versos de Catulo y Horacio, yo me deslizaba de buena gana en el mundo del poema que el Carnero presidía.

La repetición de versos era muy instructiva. Era así: el alumno leía primero una estrofa, por ejemplo, de Horacio:

*Aequam memento rebus in arduis
servare mentem, non secus in bonis
ab insolenti temperatam
laetitia, morituri Delli!*

—¡Traduzca!, gritaba el Carnero.

—Con ánimo moderado... eeee... recuerda que con ánimo moderado... no... ánimo parejo... conservar un ánimo parejo bajo condiciones difíciles, y no de otro modo... mmm... no, lo mismo bajo buena... buenas condiciones... eh... apártate de exageraciones... mmm... ¡alegría vivaz, mortal Dellius!

Ahora, el incandescente texto romano había sido bajado a tierra. Pero en el instante próximo, con la próxima estrofa, volvía Horacio en latín con la maravillosa precisión del verso. Este cambio entre lo decrepito y trivial hacia lo sublime y delicado, me enseñó muchas cosas. Eran las reglas de la poesía. A través de la forma (¡la Forma!) algo podía ser elevado. Las ruedas de oruga habían desaparecido, las alas se abrieron. ¡No había que perder la esperanza!

Lamentablemente, el Carnero no se enteró de que me cautivaban los versos clásicos. Para él, yo era un calmo y provocativo jovenzuelo que había publicado ininteligibles poemas «de los '40» en el periódico de la escuela —era el otoño de 1948—. Cuando conoció mis engendros, con repetidas letras minúsculas y ausencia de signos de puntuación, se indignó. Yo estaba incluido en la barbarie que avanzaba. Una persona como yo tenía que ser impermeable a Horacio.

La imagen de mí se oscureció aún más durante una lección, cuando estudiamos un texto latino medieval sobre la vida durante el siglo XIII. Era un día nublado, el Carnero estaba dolorido y con la ira en acecho. De pronto fue lanzada la pregunta: quien fue *Erik lāspe och halte*.^[11] Él era nombrado en el texto. Yo contesté que era el fundador de Grönköping. Fue una reacción refleja, para aflojar el opresivo clima de la clase.

Entonces, el Carnero no solamente se enojó al instante, sino que ese semestre envió una «advertencia» en latín. La «advertencia» era un mensaje breve y escrito, dirigido a la casa del alumno que se había descuidado en la materia. Como yo había tenido alta calificación en los escritos de latín, debía entender la nota de advertencia, más que sobre el latín, como un aviso para mi vida en general.

En la clase final del Gimnasio nuestras relaciones mejoraron mucho. Cerca de la graduación ya eran cordiales.

Más o menos por entonces comenzaron a entrar en mi propia escritura dos formas de estrofa horaciana: la sáfica y la alcaica. El verano posterior a la graduación escribí dos poemas en metro sáfico. Uno es «Oda a Thoreau», que luego adelgazó hasta ser «Cinco estrofas para Thoreau», mientras las partes más juveniles fueron eliminadas. El otro poema fue «Tormenta», parte de la suite «Archipiélago otoñal». No sé si el Carnero leyó algo de lo que yo escribía cuando el primer libro, al fin, se publicó.

Verso de medida clásica. ¿Cómo se me había ocurrido esa idea? Apareció, eso es todo. Yo consideraba a Horacio como a un contemporáneo. Era como René Char, Loerke o Einar Malm. Fue algo tan ingenuo que se interpretó como sofisticado.



TOMAS TRANSTRÖMER Estocolmo, (15 de abril de 1931 – 26 de marzo de 2015) Escritor, poeta y traductor sueco. Desde muy joven alternó su trabajo de psicólogo con la escritura de poesía. Desde la publicación de su primer libro, 17 dikter (17 poemas) en 1954, aclamado por la crítica, su producción creció sin prisa y sin pausa, al tiempo que su obra fue siendo traducida a distintas lenguas; en la actualidad sus poemas pueden leerse en más de cuarenta idiomas Junto a Swedenborg y Strindberg, es uno de los escritores suecos que más ha influido en la poesía universal.

Tranströmer ha ganado los premios Bonnier de Poesía, el Premio Internacional Neustadt de Literatura, el Oevralids, el Petrarch de Alemania, y el galardón sueco del Foro Internacional de la Poesía.

En 2011 recibe el Premio Nobel de Literatura.

Notas

[1] Swedenborgsgatan: «calle de Swedenborg». En sueco, los nombres de calles añaden a su nombre el sufijo *-gatan*, que significa justamente «calle». (N. del T.) <<

[2] Escania: región del sur de Suecia. (*N. del T*) <<

[3] *Skrubba*: fregar, raspar. (*N. del T.*) <<

[4] Funcionalista: en el lenguaje cotidiano actual de Suecia, el término designa una tendencia presente del diseño moderno de habitaciones y muebles. (*N. del T.*) <<

[5] *As-Sudd*: tierra baja pantanosa del sur de Sudán, drenada por los principales afluentes del Nilo Blanco en su curso norte por el país. (N. del T) <<

[6] *Särskild*: especial, particular. (*N. del T.*) <<

[7] *Hets: acoso. (N. del T.) <<*

[8] En el original, *Tranan*, «la Grulla». (N. del T.) <<

[9] *Bocken*: «El Carnero». (N. del T.) <<

[10] Gotland: isla del sureste de Suecia. (*N. del T.*) <<

[11] *Erik lāspe och halte*: «Erik el que cecea y renguea». Rey de Suecia (1216-1250). A este rey atribuye la revista satírica y utópica *Grönköpings veckoblad* la fundación de la ciudad ficticia de Grönköping. La revista se inició en la adolescencia de Tranströmer y se edita hasta nuestros días. (N. del T.) <<